

ct

Marissa o siete intentos fallidos de suicidio

de
Carlos Be

(fragmento)

Es más fácil renunciar a la vida que a las ilusiones.

TONY DUVERT, *Abécédaire malveillant*

PRIMER INTENTO DE SUICIDIO

Un banco en un parque
y una cruz azul en el cielo.
No hay nada de anecdótico en
lo que cuento. Y sangre... ¿de dónde?
Gotas en el suelo, entre mis rodillas. La nariz, sangro por la nariz. ¿Cuándo he empezado a sangrar?
(Saca un clínex del bolso) Mi madre echaba vinagre, la muy bruta. *(Se tapa la nariz con el clínex)*
Me llamo Marissa. Marissa como ella. Una niña se detiene frente al banco y me señala con el dedo.
–¡Cocainómana!
–¡La madre que te parió!
La niña rompe a llorar,
rápido, Marissa, lárgate de ahí,
le he dado sin querer con el bolso, os lo
prometo, ha sido sin querer, pero se lo merecía,
pensad lo que queráis pero se lo merecía. *(Tira el clínex al suelo)* Yo no tengo niños ni los quiero,
pero si hay que soltar una torta a tiempo, pues educo, me da igual de quién sea el niño. Me pregunto
de dónde sacarán esas cosas, todo el día pegados a la pantalla... A mí me da miedo acercarme a esos
aparatos, es un estado tan parecido a... ¿Sabéis las luces esas de las discotecas, esas que parpadean
sin cesar? Estroboscópicas se llaman, luces que parpadean sin cesar y,
de repente,
la realidad.
(Se echa una rebeca sobre los hombros) El color azul siempre me ha gustado. Me sienta bien, lo
noto y se nota. Aún estoy de buen ver. ¿Sin risas? ¡Gracias! Yo me sé de un par de vecinos o tres
que aún me hacen ojitos. También hay un enfermero en la residencia de mi padre pero ya se sabe,
no hay nada que hacer con los enfermeros, así que a conformarse con los vecinos del barrio. A mí
siempre me han gustado jóvenes, más jóvenes que yo, siempre fui un poco asaltacunas... hasta que
te hartas de levantarte mojada. Saberse sola y sentirse bien es un plus a mi edad.
Me detengo frente al metro de Ventura Rodríguez. *(Se lleva la mano al pecho)* Palpitaciones.
Palpitaciones no, por favor, no estoy enferma del corazón. ¿Alguna vez habéis sentido ganas de
gritar en la boca del metro? *(Una corriente de aire sacude sus cabellos y Marissa se recoge en el
interior de la rebeca)* Pensaréis que estoy loca. Para nada.
Estoy muy cuerda, tan cuerda como cualquiera
de vosotros. Perdón, como la mayoría de vosotros,
que hoy en día no se puede poner la mano en el fuego por
nadie. Es la primera vez que me pasa, os lo juro, lo de las palpitaciones,
es la primera vez, serán los nervios. Mejor volver caminando. Tardaré una hora pero me apetece.
Pasear. Los plátanos sueltan muchísimo polen, esa pelusilla que vuela y no hace más que fastidiar.
Yo no soy alérgica pero tengo un alérgico en casa y es insoportable ver la tele con él cuando le
sobreviene el ataque. Al principio enternece y debe despertarle el instinto maternal a quien lo tenga,
pero con los años termina por perder todo el encanto. Como todo, vamos. No sé a qué viene todo
esto y tampoco he entendido nunca a quién le importa que le cuenten estas pamplinas, ahora mismo
lo único que quiero es quitarme los zapatos, tengo los pies destrozados, veo las ampollas desde
aquí. Algunos ya lo habréis deducido pero para los que no, os voy a ayudar. Mi marido es alérgico

al polen y sí, estoy casada. Él tiene cinco años menos que yo, para los que habéis estado más atentos. Se llama Adrián y no sé qué más contaros. Bueno, que tiene una amante. Mi mejor amiga. Adriana. Adrián y Adriana. Parece un chiste malo, ¿verdad? Pues este mal chiste es mi destino, y quién soy yo para desafiar al destino.

Me detengo en la farmacia, el colpotrofin, el idracare y muchas tiritas, nunca he comprado tantas tiritas, creo que me las llevo todas, ah, «Y una caja de esto, por favor». La farmacéutica me mira.

–¿Desde cuándo tomas esto, Marissa?

–No es para mí.

–La receta va a tu nombre, Marissa.

–Dámelo y punto.

Salgo de la farmacia con los pies desollados, aguantaré el dolor hasta casa, total, allí se disolverá con todo el que hay: con todo el dolor que tengo en casa. Muchos de vosotros habéis oído el cuento de la peseta, el caballo y la manzana. Sabéis de qué os hablo, ¿verdad?

La puerta se abre,

una bocanada como

la del metro, el aire tibio

y el terror. Entro en el salón descalza.

El balcón abierto y ahí está él, de pie. Adrián. Me cuesta tanto no pensar en Adriana cuando digo Adrián.

–Adrián... Sé que tienes una amante. Te pido, por favor, que te vayas con ella una temporada hasta que resuelva qué hacer con mi vida.

–No voy a irme con ella.

–¿Cómo?

–Que no voy a irme con ella.

–¡Pues vete con quien quieras., pero vete!

(Calma, Marissa, calma) Adrián prepara una pequeña maleta y se larga.

–Marissa...

–¡Que te largas! *(Calma...)* Hasta que resuelva qué hacer con mi vida...

En cuanto sale por la puerta, ¡ya!,

cuento

hasta cien.

Uno, dos, tres...

hasta cien.

Siete, ocho, nueve... No llego nunca a cien...

Veinticinco, veintiséis, veintisiete... No llego a cien, veintiocho, cojo carrerilla y veintinueve, me tiro por el balcón. Me estampo contra el techo de una furgoneta.

Vivo en un primero.

SEGUNDO INTENTO DE SUICIDIO

Marissa se apoya en una muleta.

Hoy es el primer día del resto de tu vida. Y a partir de ahora, coja. Una no puede estar guapa cuando está coja. No puedes tenerlo todo. Ya se lo dijo Quevedo a Mariana de Austria, creo que era: la rosa o el clavel, su majestad es-coja. Así que toca recurrir a la Pili, mi estilista. La Pili siempre intenta

dejarme más guapa que nadie, me quiere mucho la Pili.

–¡Marissa, a tus años, si ya no tienes edad para suicidarte, suicidarse a los veinte está bien, Marissa, pero tú ya no eres una cría, vas tarde!

Intenta tú que se calle, ni debajo del agua. Esto os lo estoy contando yo a vosotros así, en petit comité, pero ella se lo está contando a la peluquería entera. A través del truemirador las veo a todas. Cogía la muleta y me iba corriendo... Tampoco llegaría muy lejos, con la cabeza llena de papel de aluminio, parecería una lámpara del rastro a la fuga calle abajo. La próxima vez que parezca un accidente, Marissa, por favor.

La Pili me obligó a hacerme las mechas el día que fue a verme al hospital. Me hizo prometerle que vendría aquí en cuanto saliera de allí, «Marissa, no sé adónde pretendías ir con eso, la próxima vez ven a verme antes, por lo que más quieras, no me extraña que te tirases por la ventana, qué asco de pelo, de verdad, qué asco».

–Qué bruta eres, Pili.

–Bruta tú que no sabes cómo le has dejado la furgoneta al florista.

–Pili, ¿se tiró por la ventana o por el balcón?

–Pregúntale tú que la tienes aquí delante.

–Yo te lo digo, por el balcón.

–Ay, mi madre.

–La furgoneta era la del Hortensio, ¿verdad?

–Sí, del Hortensio.

–¿Y qué hacía ahí aparcado?

–Esperar a que se te tirara la otra, no te jode.

–Tiene un novio en el tercero.

–Ya se sabe, con los floristas y los enfermeros, nada que hacer.

–Eso mismo digo yo, virgen santísima.

–¿Novio nuevo?

–Ahora se dice follamigo.

–¿Follaqué?

–¡Follamigo!

–Virgen santísima.

–¿Y vive en el edificio de Marissa?

–Sí, la pobre.

–La pobre, ¿qué?

–No tiene bastante, la infeliz.

–¡Callarse!

Lo que os decía, soy su tema recurrente: todas me compadecen, me quieren más, creen que me tiré porque descubrí que Adrián tiene una amante, Adrián y Adriana, parece un pareja de esas de culebrón televisivo. Vaya guirigay se ha liado en la peluquería, «festa grossa» que dice la Pili porque es catalana, bueno, de L'Hospitalet de Llobregat que es como decir perro de mil leches. Da igual, ella dice que es catalana. Será por eso que nunca le he encontrado ningún atractivo. No sé cómo hace para tener la peluquería hasta arriba, vamos todas las del barrio, bueno, todas-todas no, desde hace dos semanas que Adriana no se pasa y que no se le ocurra, dice la Pili: «Como venga por aquí le quemo las orejas con las pinzas de los rizos». ¿He dicho ya que la Pili es muy bruta? Catalana...

–Pili, eres muy bruta.

Menos Adriana, no me equivocaría si os dijera que están todas a lo largo del espejo... Adrián podría haberse acostado con cualquiera de ellas pero no, él nunca se atrevería, con lo calzonazos que es, no

diré que lo supiera pero lo único que me faltó fue pillarles en la cama.

–Qué bien huele el tinte.

Asienten todas.

–Marissa, no puedes ponerte así por un hombre.

–Se está medicando.

–¿Tú cómo lo sabes?

–Porque le vendí la receta.

–Ay, virgen santísima...

–¡Pero, pero, pero... que estoy delante vuestro! ¡Es privado!

–... ya nos lo contó ayer.

Y entonces levanta la mano la carnicera, entre nosotros, la listilla. Miedo me da la listilla, no da puntada sin hilo. La Pili le da la palabra.

–Yo lo supe desde el principio. Que Adrián y Adriana estaban liados. Y hace mucho. Muchísimo más de lo que se imaginan, ¿verdad, Marissa?

La listilla es demasiado listilla.

–¿Verdad, Marissa?

¿Cómo hacen las actrices en la tele para ponerse a llorar?

–¡Verdad, Marissa!

¡Me voy!

–¡¡¡Marissa!!!

–¿Y hace mucho?

–Por el amor de dios, Pili... ¡Qué me has hecho en la cabeza!

–La última moda.

Todas se hacen selfies con el destrozo de Marissa.

Suena el teléfono fijo.

El fijo de casa.

Solo hay una persona

que llame al fijo de casa. ¿Hoy

es jueves? *(Se acerca con la muleta con mucha dificultad pero no alcanza a cogerlo. Se aleja con la muleta y el teléfono vuelve a sonar. Esta vez tampoco alcanza a cogerlo. Se aleja con la muleta y el teléfono vuelve a sonar. Marissa arroja la muleta al suelo y se lanza sobre el teléfono, esta vez con éxito)* A las diez de la noche contesto el teléfono. Me dice que nunca cojo el teléfono, que es jueves y no fui a verle, que está muy preocupado, y le digo que es por la lluvia, papá, no me apetecía salir.

–¿Hoy no ha llovido? ¿Qué tal la paella, papá? Repugnante... Podría decirte lo mismo de mi vida, papá, pero qué te voy a contar que no sepas. No me encuentro bien.

(Con el auricular tapado) También es cierto que en su residencia preparan una de las peores paellas del mundo, pero por eso mismo puedo pagarla...

–¿Papá?

Seguro que ahora está haciendo lo mismo que yo.

–¿Papá?

De tal palo, tal astilla.

–¿Papá? Papá, te decía que te veo el próximo jueves...

Me dice que ni se me ocurra, que mañana mismo, viernes. A veces me sobrecoge que sepa que mañana viene después de hoy y que además sepa qué día es mañana. Me duele tanto su lucidez, tan fugaz... Él que siempre me decía que había que correr hacia delante y ahora no va en dirección

alguna.

Se seca una lágrima con la yema del dedo.

A buenas horas.

–Voy mañana viernes, papá. ¿Qué, papá? Papá, yo no he dicho que no me encuentro bien. Me dice que recuerde que pienso en voz alta.

Cuelga el teléfono.

Adrián tardó en entender que yo no le hablaba. Solo dejó de hablarme cuando entendió que tampoco le escuchaba. Yo solo me escuchaba a mí. Con Adriana se entendieron enseguida, fue amor a primera vista. Por lo visto cuando uno hablaba, la otra escuchaba. Se me hace raro no encontrarle en casa. Parece todo tan en orden,

un decorado,
como si faltase
algo y no supieras qué.

Viernes,

agarro la muleta

y a la calle. Abajo ha aparcado el florista, me hago la loca y me alejo todo lo rápido que me permite la cojera. Debo dar una pena. Hortensio me llama por el nombre. Paro un taxi, el taxi se detiene.

–¡Un taxi, voy a ver a mi padre, adiós!

Golpeo con el taco al taxista, ¡perdón!, ya me cuesta caminar con la muleta, coger un taxi ni te cuento, soy negada para estos trastos. Tampoco me aclaro nunca con la silla de ruedas de mi padre. Él, tan de la broma como yo, dice que no es culpa suya sino mía, seguramente me pase con la silla de ruedas de cualquiera.

–Hija, miras como la gente mayor de aquí –me dice.

–¿Cómo?

–Repugnancia.

–Papá, explícame por qué sirven paella en viernes si siempre la sirven los jueves.

–Los restos de ayer.

¿Cómo pueden servir la misma comida dos días? Y los cubiertos... Me los limpio en la falda, no sé cómo mi padre...

–... puedes siquiera tocar los cubiertos, de verdad.

–Lo que es limpio para el hombre es sucio para la mujer.

Y se zampa un bocado de paella tan ancho. La mitad le va a la pechera.

–Cuéntame algo, papá.

–No tengo nada que contarte.

¿Está de morros?

–No tengo nada que contarte.

–Ayer no pude venir, papá, ya te lo dije, y da gracias que hoy esté aquí. ¿Ha venido alguno de tus alumnos a visitarte?

Hace meses que no viene ninguno. Al último tuve que insistirle demasiado y mi padre no lo reconoció. Mi padre era profesor de lengua española. Si le preguntan si se acuerda de sus alumnos siempre responde lo mismo: «Me acuerdo de los primeros y de los últimos». Dice que es una cita de Juan Ramón Jiménez pero yo no lo tengo tan claro, que seguí los pasos de mi padre en lo que respecta a la filología hispánica... y parece ser que también en lo de correr hacia delante hasta cierto

punto.

Papá, por favor, cuéntame lo que sea, por favor. De verdad, lo que sea. Lo necesito.

–A veces hablas como piensas, hija. Te contaría todo lo que quisieras si supiera que ibas a escucharme, pero nunca me has escuchado, hija. Ni a mí ni a nadie. Por no escuchar, ni te escuchas a ti misma. ¿Quieres un ejemplo? ¿Me has traído las albóndigas? Las albóndigas. ¡El táper de albóndigas que te pedí!

¡Nunca me pidió ningún táper de albóndigas!

–¡Ves como no escuchas! ¡No voy a contarte nada! ¡Nunca más! ¡Estás como la iglesia de mi pueblo: sin cura!

–¡Adiós, papá!

Marissa se levanta y entonces se percata de que le falta asidero, la muleta... Cae cuan larga es.

Un enfermero se acerca y me ayuda a incorporarme, qué brazos tiene, le digo que no se preocupe, que ya me iba y la muleta ha resbalado... Me dice que él se encarga de mi padre sin problema...

–Adiós, papá. Vengo el jueves.

–Hija, adiós. Te quiero.

Es la primera vez que visito a mi padre desde que me diagnosticaron su misma enfermedad. Yo no quiero que me ingrese nadie, menos que me visiten. No quiero. Espero al ascensor. Cuarto piso. Me acerco a la ventana y miro hacia abajo. *(Gira la manilla de la ventana, sin éxito)* Está bloqueada.

(Retrocede dos pasos y...) A mis espaldas las escaleras,

no son lo mismo, las escaleras no son lo mismo,

lo sé, pero hay muchas, ya no cuento ni hasta uno, es más fácil

de lo que parece, siempre es más fácil de lo que parece, simplemente hay que dejarse llevar, permito que la muleta resbale

y caigo

¡muchos escalones abajo!

TERCER INTENTO DE SUICIDIO

¿Quién fue el imbécil que dijo que era fácil?

Marissa se coloca un collarín ortopédico.

A la tercera va la vencida. Este es muy obvio, tampoco es que haya tantas posibilidades. En cualquier película se toman un puñado de pastillas y mueren. Así de fácil, así es la ficción, la ficción sí que es fácil, pero en la realidad no sabes ni por dónde empezar, *(vacía el cajón de las medicinas)* encuentra algo en un cajón de medicinas, ¿y esto qué es?, *(un inhalador)* ¡de un ex! Este cajón es un desastre, todo revuelto, mis pastillas con las de mi marido. Dicen que los medicamentos caducados pueden devolverse a la farmacia. Las personas somos las que tendríamos que devolvernos, pero adónde, ¿quién nos querría? *(¿Un escupulario entre los medicamentos?)* Nunca he sido creyente, aunque les tengo envidia porque tiene que ser divertido: creer en cosas... Yo nunca he creído. *(¿Paracetamol!)* Huy, paracetamol, el paracetamol sirve para todo. Espero que sea verdad. ¿A quién le apetece un lavado de estómago? A nadie.

(Vacía los paracetamoles en un mortero. Luego encuentra las aspirinas) Aspirina, ay, no, me da reflujo. Siempre me han dicho que soy un calco de mi madre. No riáis, aparte del reflujo, mi madre no estaba tan mal. *(Mientras muele los medicamentos con un mazo en el mortero)* Me llamo Marissa por ella, os lo he dicho, ¿verdad? Murió muy joven y nos dejó a mi padre y a mí solos. Yo no quiero que eso me pase a mí, que alguien me deje de nuevo, quizás por eso les dejo antes de que me dejen.

Entre nosotros,

con la mano en el corazón,

una despedida a tiempo está bien. Antes de que sea demasiado tarde.

Huy, un supositorio. Bueno, pa'dentro. ¿Suficiente?

En algún momento concreto pensé que quizás lo mío no fuera el suicidio. Llevo ya dos intentos fallidos y poco cuerpo me queda por romper. Pensaréis que estoy loca y que quién soy yo para quitarme la vida. Es un poco como el aborto o la eutanasia. ¿No podría ser la muerte algo que honrase nuestra existencia en vez de avergonzarnos hasta el confín de los tiempos? La vanidad humana. ¿Tan egoístas somos que no reconocemos que nos acabamos como todo? Pero ahora no quiero entrar en ninguna polémica.

¿Alguna vez habéis visto a alguien preparándose para suicidarse? ¿Cómo os sentís? Por curiosidad. A vuestra salud. Brindo con... esta cosa en alto.

Bebe la solución de un trago.

Espera unos segundos. Y cae retorcida al suelo.

Acabo echando el estómago en el baño.